

La traducción como revitalización de la obra literaria

Cynthia García Bañuelos

I

Muy probablemente la traducción sea tan antigua como la lengua misma, pues en las civilizaciones más primitivas de las cuales tenemos noticia existía ya gran variedad de códigos de comunicación de acuerdo a la pertenencia del individuo a un grupo establecido en un espacio geográfico determinado. La evolución de los primeros conjuntos errantes a una vida sedentaria da pie a la construcción de los conceptos más básicos de arte y religión, así como el origen de la escritura que tiene sus primeros vestigios en las pinturas rupestres. En definitiva, la sedentarización del ser humano dio origen a la necesidad de una comunicación entre grupos, lo que les permitió avanzar hasta la construcción de las primeras civilizaciones. Esta necesidad comunicativa debió ser la que los obligó a aprender los diferentes códigos de comunicación oral y, por lo tanto, iniciar el fenómeno de la traducción, que se convertirá en una característica inherente de la lengua escrita.

En 1994 Flora Botton-Burlá, en el ensayo «La traducción», escribía: «Falta mucho para que haya una máquina de traducir que nos permita leer las obras extranjeras en traducciones dignas de ese nombre».¹ Casi veintiséis años después, pareciera que esta afirmación está muy cerca de la realidad, pues en nuestra inmediatez, el avance agigantado de la tecnología nos ha puesto en las manos un gran número de dispositivos que realizan ya el ejercicio de la traducción de forma automática, evitándonos hasta el esfuerzo mismo de la escritura, pues el mando oral nos ha conducido ya a una pereza manual que cada día nos aleja más del mágico ejercicio de escribir. Pero ¿es cierto? Estas herramientas que parecen salidas de la imaginación de Julio Verne ¿pueden poner en nuestras manos esas traducciones dignas de las que habla Botton-Burlá?

De acuerdo a la necesidad que origine el ejercicio de la traducción es que podemos evaluar realmente su calidad; en efecto, la traducción en la vida cotidiana se ha visto favorecida con estos dispositivos tecnológicos. El viajero puede hoy en día desplazarse con seguridad por cualquier parte del mundo, pues con el auxilio de su teléfono móvil podrá resolver de forma inmediata todas sus necesidades de comunicación. Podemos, también con esta ayuda, traducir etiquetas de productos, manuales e inclusive pequeñas lecturas de alguna publicación, de las cuales obtendremos una traducción literal que nos dará una idea general de lo que el texto significa. Pero a pesar de estos notables artefactos que parecen destinados a mejorarnos la vida, el texto literario, por lo menos hasta el momento, sigue requiriendo del trabajo oficioso y artístico de un traductor.

¹ Pierre Brunel y Chevreil Yves, *Compendio de literatura comparada*, p. 346.

El bibliófilo enamorado
Alexis Martin



Estudio | Edgar A. G. Escobar
Traducción | Cynthia García Bañuelos
Ilustraciones | Martín Olvera



Alexis Martin, *El bibliófilo enamorado*, UAM, Ciudad de México, 2024.

De aquel que tiene el dominio de la lengua extranjera, entendido no solo como el conocimiento gramatical y sintáctico del idioma, si no la inmersión cultural y social que se requiere para poder dotar a toda traducción de una contextualización lo más apegada posible a lo que el texto fuente expone. Y desde luego, será de mayor importancia el oficio literario del mismo traductor, pues sobra decir que por más exacta y correcta que pueda ser una obra traducida siempre será en sí misma una reformulación de la obra original.

El ejercicio de la traducción ha sido motivo de importantes debates y discusiones en el campo de la teoría literaria y mucho se ha dicho ya sobre ella, lo cierto es que, hasta nuestros días, sigue siendo la única forma de acceso que tenemos a la literatura universal, entendido este concepto no como la obra selecta que constituye el canon literario, si no como a toda aquella literatura que se publica día a día en el mundo. Aun y cuando el día de hoy la adquisición de lenguas extranjeras pareciera estar más al alcance del individuo, lo cierto es que por más que nos apliquemos en su estudio, sin importar los motivos que nos lleven a ello, difícilmente podemos aprender tres o cuatro idiomas además de nuestra lengua materna y, desde luego, no con la corrección que se requiere para la lectura de cualquier género literario, es decir, tal vez podamos leer cualquier libro en los idiomas que conozcamos pero siempre será necesaria la ayuda de un diccionario o un dispositivo traductor.

Como ejemplo, parto de mi experiencia personal como hispano parlante nativa. Mis conocimientos de francés e inglés me permiten la lectura de textos en ambos idiomas con soltura, e inclusive puedo atreverme a realizar el ejercicio de la traducción como es el presente caso, pero mis conocimientos de italiano son básicamente prácticos, puedo leer y entender indicaciones, hacer compras, preguntar direcciones, es decir elaborar frases coloquiales básicas para la comunicación. Pero cuando me he atrevido a leer en ese idioma ha sido imperante mi necesidad de un diccionario y, sobra decir, mi comprensión de la lectura ha sido muy primaria. Con el portugués mi experiencia es exactamente la misma y mis conocimientos de idiomas como alemán, sueco, neerlandés y ruso, por mencionar algunos son totalmente nulos y mucho menos de cualquier idioma oriental o africano.

Entonces, ¿mi desconocimiento de un gran número de idiomas me deberá limitar para acercarme a la literatura de estos países? Es precisamente aquí donde el trabajo del traductor será siempre la respuesta y lo que seguirá dando cauce a la discusión sobre esta labor. Lo importante es que todo lector tenga claro que la obra que tiene en sus manos tiene una autoría original que ha sido reformulada por un traductor, quien en primer lugar es un lector que, con respeto y maestría, pone sus conocimientos políglotos al servicio de la obra literaria, haciendo uso también de su propio oficio como escritor, lo que hará posible conservar la literariedad de la obra en cuestión de acuerdo al género literario al que esta pertenezca.

Tal vez el lector encuentre ocioso citar en este punto el trabajo de Julio Cortázar como traductor de la obra de Marguerite Yourcenar o de Charles Baudelaire de la de Edgar Allan Poe, pero son precisamente estos muy conocidos ejemplos los que siguen dotando de legitimidad el trabajo de todo traductor, que pareciera que con cada nuevo aporte de su trabajo al universo literario se reconvierte en aquel hombre primitivo que busca establecer puentes de comunicación, salvando la diferencia de los códigos lingüísticos en el afán de la evolución y la educación de la sociedad.

El bibliófilo enamorado es una breve comedia que llegó a mis manos como un amable regalo de mi muy estimado amigo el doctor Edgar. A. G. Encina, mientras compartíamos las últimas novedades de nuestro quehacer profesional y nuestra vida personal, al tiempo que degustábamos un té: me extendió un folder de color azul con unas hojas que de acuerdo a su personalidad siempre formal, minuciosa y elegante estaban resguardadas en salva hojas plásticas y transparentes; mientras me hacía entrega de ellas me decía: «Léela, a ver qué te parece, creo que podremos hacer un bonito trabajo con ella». Revisé muy por encima el contenido y con sorpresa encontré un texto en francés que desde su título me generó un agradable interés. Desde ese medio día han pasado casi cinco años. Concluí el doctorado en Estudios Novohispanos y, como el trabajo académico lo exige, realicé publicaciones, ponencias e investigación. El doctor Edgar, por su parte, siguió con su prolífica labor académica. En ratos leí la obra, dos o tres veces, y de igual forma inicié su traducción; en estos años, de forma conjunta, la releímos y revisamos una y otra vez contextualización, estilo, estructura y desde luego la literariedad. Detuvimos el trabajo unos meses hasta que finalmente tuvimos en las manos dos páginas que desde el principio nos faltaban y con estas en las manos pudimos finalmente hacer una última revisión al texto y lo dimos por terminado.

Fue este un maravilloso regalo, pues además de darme respiro entre la ardua labor de terminar una tesis doctoral y cumplir con las consabidas exigencias académicas, me dio la oportunidad de realizar un primer proyecto de traducción literaria de manera formal y con la aspiración de ponerla en manos de un público lector. Trabajamos en equipo como lo hemos hecho en ocasiones anteriores y el resultado finalmente fue fructífero en diversos aspectos, pero en especial quisiera remarcar la experiencia del oficio de la traducción, actividad que todo escritor, crítico, investigador y docente de la literatura debe en algún momento de su vida profesional explorar para experimentar en el trabajo de traducción el metalenguaje de la teoría literaria.

El conocimiento de la literatura, además del lingüístico, será sin lugar a dudas la herramienta más importante en este oficio; el tratamiento de la obra fuente debe ser con sumo respeto, así como al autor, sin olvidar nunca que antes de nada somos lectores que con escrupulosidad revisaremos una y otra vez, palabra por palabra y en su conjunto, la obra en cuestión. Nos queda claro, entonces, que nuestro trabajo no es realizar una fotocopia de la obra en cuestión en otro idioma, sino que llevaremos a cabo una *equivalencia*, pues podremos realizar la traducción literal de vocablos aislados, pero no de las estructuras tanto estilísticas, métricas o poéticas; para estas deberemos buscar paralelismos que nos permitan reformular el mensaje del texto sin que se pierda nunca el sentido original del texto.

Finalmente, más allá de nuestro conocimiento de la lengua francesa, será la lectura rica y constante de la literatura francoparlante, el conocimiento de esta cultura y hasta la vivencia de la misma, lo que nos permite poner hoy en tu manos, amable lector, *El bibliófilo enamorado* traducido al español, una nueva lectura desde la reinterpretación de dos literatos empecinados en escribir y difundir la literatura al tiempo que, como bien lo dice Botton-Burlá, revitalizamos la obra literaria al traerla a otro tiempo, otro espacio, otros lectores y desde luego otras lenguas que permitirán las múltiples lecturas que lo resignificarán.